

LAS MARXISTAS RECARGADAS

Selene Aldana Santana
Amada Vollbert Romero



FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO

Texto: Selene Aldana Santana y Amada Aurora Vollbert
Romero

Ilustraciones: Ana Paula Velázquez Trejo

Diseño editorial: Monserrat Guadalupe Lira Ramírez

Póster: Amada Vollbert, Selene Aldana, Monserrat Lira
y Gabriela Santos

Fundación Rosa Luxemburgo México

2023

“Esta publicación es financiada con recursos de la Rosa Luxemburg Stiftung (RLS) con fondos del Ministerio Federal para la Cooperación Económica y el Desarrollo de la República Federal de Alemania (BMZ)”

Este fanzine es el resultado de las reflexiones colectivas del proyecto de intervención educativa *La participación femenina en la Sociología* y del círculo de lectura autogestivo “*Las marxistas reloaded*” que se realizó vía online durante el año 2021. Selene y Amada coordinamos dicho espacio, pero no podríamos decir que este fanzine fue hecho por nosotras, porque cada una de las asistentes al círculo de lectura hizo también este librito al leer, asistir, y sentipensar en colectivo sobre las morras marxistas.



FEMINISTAS Y MARXISTAS

NI JUNTAS NI REVUELTAS

Clara Zetkin (1857-1933) y Rosa Luxemburgo (1871-1919) fueron 2 comunistas bien picudas. Les tocó rifarse en Alemania cuando todavía era un imperio, y un imperio bien pero bien fiero, porque era un Estado policial, militarizado, autoritario y re burocrático.

Como a todos los imperios, a este le prendía un chorro jugar a la guerra y a los soldaditos, así que el servicio militar para los vatós era muy importante, y hasta era requisito para ser "ciudadano". Y como en el ejército no aceptaban morras, pues lástima, ellas no podían ser ciudadanas, ni estudiar en la universidad, ni participar en asociaciones políticas ni votar...

El mandamás Guillermo II decía que lo que había para las mujeres era: niños, cocina e iglesia. Muchos de los opositores a esa basofia de régimen se agruparon en el Partido Social Demócrata y después en el Partido Comunista, en los que se organizó un masivo movimiento de mujeres. Clara y Rosa andaban re metidas en ese jale, así que el mal gobierno las traía de un ala...que si las enjaulaba, que si se tenían que exiliar, que si tenían que andar en la clandestinidad...

Andar de revolucionarias no sólo las hizo impopulares con el mal gobierno, también les trajo broncas con sus compas reformistas de partido y hasta con las feministas sufragistas, y esto último es lo que te vamos a contar en este fanzine porque la chisma está re sabrosa.



Pues resulta que a fines del siglo XIX había un chorro de organizaciones de mujeres de distintas corrientes que se agrupaban en la Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas (BDF). Pero estas morras y las del movimiento de mujeres comunistas no la rolaban juntas ni tantito. No era que las comunistas tuvieran algo contra el famosísimo sufragio femenino con el que las feministas liberales soñaban; también lo exigían, pero por razones y con garras distintas.

Las feministas liberales apelaban a la teoría del derecho natural, esa de la Ilustración que decía que todas las personas tenían los mismos derechos innatos, universales e inmutables. Y como las morras también somos personas, las liberales decían que teníamos los mismos derechos que los vatos, incluyendo poder votar.

Las comunistas le mascaban chido al pensamiento marxista, así que no les pasaba nadita eso de “derechos universales”, lo que decían ellas era que la exigencia del sufragio femenino era producto del desarrollo histórico y de las transformaciones materiales ocasionadas por el modo de producción capitalista.

La industrialización hizo que los bienes de subsistencia que las mujeres antes producían en sus hogares fueran remplazados con mercancías y servicios por los que ahora había que pagar con varo al más vil estilo capitalista. Millones de morras se encontraron en la necesidad material de vender su fuerza de trabajo como lo hacían sus compas vatos. Por eso Clara y Rosa decían que eran las condiciones del modo de producción capitalista lo que creaba el terreno para la actividad de las mujeres fuera de su hogar. Uniéndose a las filas del proletariado, las mujeres se liberaban de la dependencia económica de sus maridos para pasar a ser esclavas de sus patronos, los cerdos capitalistas.





Aun así, la Clara sostenía que “el cambio fue benéfico para ellas, pues dejaron de estar económicamente subordinadas al hombre, y de ser inferiores a él, para convertirse en sus iguales”.

“La revolución operada en la existencia económica de las mujeres había revolucionado también su conciencia, su sentir y pensar. Habían llegado a la mayoría de edad política. Y ahora exigían el sufragio universal como una necesidad social vital”.



Como buenas marxistas, Clara y Rosa reconocían la centralidad de la dimensión de la explotación económica, que no se resuelve con el derecho al voto para las morras. Sabían que por sí mismo ganar derechos, incluyendo el de votar, podía servir para casi nada. Por lo que ellas luchaban era por una solución completa: la destrucción revolucionaria del capitalismo. Y por eso tacharon de ser una solución meramente burguesa y liberal las demandas de derechos civiles de las feministas de la BDF que no le entraban al temita ese de la explotación capitalista del que muchos de sus maridos o jefecitos eran cómplices.

Para las compas Clara y Rosa, las causantes de la subordinación femenina no eran las leyes, sino las relaciones de propiedad determinadas por las condiciones económicas.

¿De qué sirve la igualdad de hombres y mujeres ante la ley si las leyes son escritas por los capitalistas para resguardar sus propios intereses?

Clara Zetkin no se anduvo con rodeos cuando en 1894 publicó un artículo llamado "Separación tajante", en el que decía que de plano no había chance de unir fuerzas con las feministas burguesas porque "la cuestión femenina" se experimentaba bien distinto dependiendo de la clase social y de las condiciones materiales en que vivía cada mujer.

Estaban las señoras estiradas, las de la alta burguesía pues, que no necesitaban chambear ni generar varo para vivir, y que hasta podían pagar a otras mujeres de clases bajas, muchas veces racializadas, para que la hicieran de esclavas en sus hogares. Esto daba condiciones chidas a las patronas para pasarla relax; pero las leyes se las pasaban a chingar porque ni siquiera les dejaban controlar sus propios ingresos ni ser propietarias.



Por eso, en esta clase lo que exigían las mujeres era el derecho a ser propietarias y a controlar su propio patrimonio. Clara y Rosa dicen que esta es la continuación de la lucha que en su momento inició la burguesía contra la monarquía.

Luego estaban las mujeres de medio pelo, o sea, las de la pequeña y mediana burguesía, y también las intelectuales. Estas morras sí tenían que rifarse a chambear para sobrevivir, y aspiraban a hacerlo en puestos altos y que disfrutaran; pero nel, el excedente de proletarios intelectuales las desplazaba cada vez más a empleos precarizados.

Las compas Clara y Rosa dicen que es en este estrato en el que se desarrolló el movimiento feminista burgués, que luchaba porque dejaran a las morras estudiar y chambear, igual que a los vatos, para conseguir así la igualdad económica, pero también para que las mujeres burguesas pudieran desarrollar su propia personalidad.

E n
l a
b a s e
de la
pirámide,
pues esta-
ban las
morras de las
clases pobres,
pa quienes no
había de otra que
dejarse explotar en
la fábrica: las prole-
tarias. Como sabemos,
los cerdos capitalistas se
caracterizan por ser bien
gandallas y usar su intelligen-
cia para el mal, así que desde
el principio estuvieron más que
felices de contratar a mujeres y a
niñxs, nomás que pagándoles todavía
menos que a los obreros vatos adultos.
Así que el movimiento de mujeres prole-
tarias luchaba por cosas tan actuales
como: igualdad salarial, reducción de la
jornada laboral, libertad de asociación,
guarderías para hijxs de trabajadoras, acceso
a anticonceptivos y, por supuesto, por la despe-
nalización del aborto. Pero Rosa y Clara creían
que, en el fondo, la lucha de las mujeres proleta-
rias siempre debía ser por la destrucción del capita-
lismo, porque sólo fuera de él podrían ser libres.
Estaban convencidas de que la lucha no era contra los
privilegios masculinos de los vatos de su misma clase,
sino codo a codo con ellos y contra la sociedad capitalista
y toda su clase explotadora.

Y por eso aunque estaban bien metidas en el movimiento de mujeres proletarias, no se reconocían a sí mismas como feministas, porque en su época se llamaba "feministas" a morras que venían de estratos burgueses, y que desde un pensamiento liberal, querían participar de los beneficios de la sociedad capitalista. Las comunistas como Clara y Rosa no querían romper ningún techo de cristal como mujeres empoderadas; lo que querían era destruir todos los andamios del capitalismo para liberar a la humanidad entera.



1 LAS COBRADORAS

Nos deben ancestras
Nos deben
sociólogas
Nos deben a
las
clásicas
que nos
robaron.
Nos deben
una nueva
historia de
la
sociología
que no
nos borre...
De color violeta
intenso...
color tuna bien
madura
Nos deben un
matrimonio feliz
con el marxismo...
también con la teoría
sociológica.
Nos deben planes de
estudio con perspectiva



de las periferias,
escritoras de
pieles oscuras.
Nos deben
personajes
que nos hagan
llorar de
emoción
Nos deben
biografías,
auto-
biografías,
cartas,
manifiestos y
reportes
periodísticos
Nos deben los
nombres de
las brujas
que quemaron.
Nos deben a Lesvy,
a Mariela Vanesa,
a Debanhi,
a 43 y a 100 mil
desparecidxs.

[1] Inspirado en el poema de "El cobrador" de Rubem Fonseca.



Realización colectiva
de Amada, Selena,
Mona y Gaby

² ¿Qué harían las marxistas?

O cómo las morras comunistas resolverían tus

Problemas cotidianos

[2] Inspiradas en el libro de Tahi Jackson Gee y Freya Rosa "¿Qué haría De Beauvoir? O Cómo las grandes feministas resolverían

tus problemas cotidianos."

¿Por qué me pagan menos que a los vatos de mi trabajo?

Quizás te hayas dado cuenta de que a los vatos con los que convives en la chamba, no sólo se les trata mejor, se les escucha y aprecia más, sino que también se les paga más lana que a ti por realizar el mismo trabajo; Y quizás te hayas roto la cabeza preguntándote qué cosas los hace “tan especiales” y diferentes de nosotras y nosotros para que esto ocurra. Lo primero que debes saber es que esta problemática ha afectado a las mujeres durante siglos ¿Y sabes a qué se debe? Según Clara, Rosa y Alexandra, ¡¡¡¡al maldito capitalismo patriarcal!!!!. La cosa se dice fácil pero la verdad es que si nos vamos pa’ tras en la historia nos topamos con que los capitalistas, o los patrones pues, siempre han querido hacernos creer a todxs que las mujeres no somos igual de productivas y buenas para la chamba como los onvrez, ja.

ALEKSANDRA KOLLONTAI (1872–1952) Nos dice que esta infravaloración del trabajo de las mujeres empezó hace mucho mucho tiempo en Italia durante los siglos XV y XVI, donde las industrias domiciliarias comenzaron a proliferar entre las personas que se dedicaban al campo.

“El trabajo a domicilio fue en aquellos tiempos sombríos de constante presión tributaria impuesta por los señores de la tierra un ingreso adicional económico importante para la gente que se dedicaba a la agricultura.”

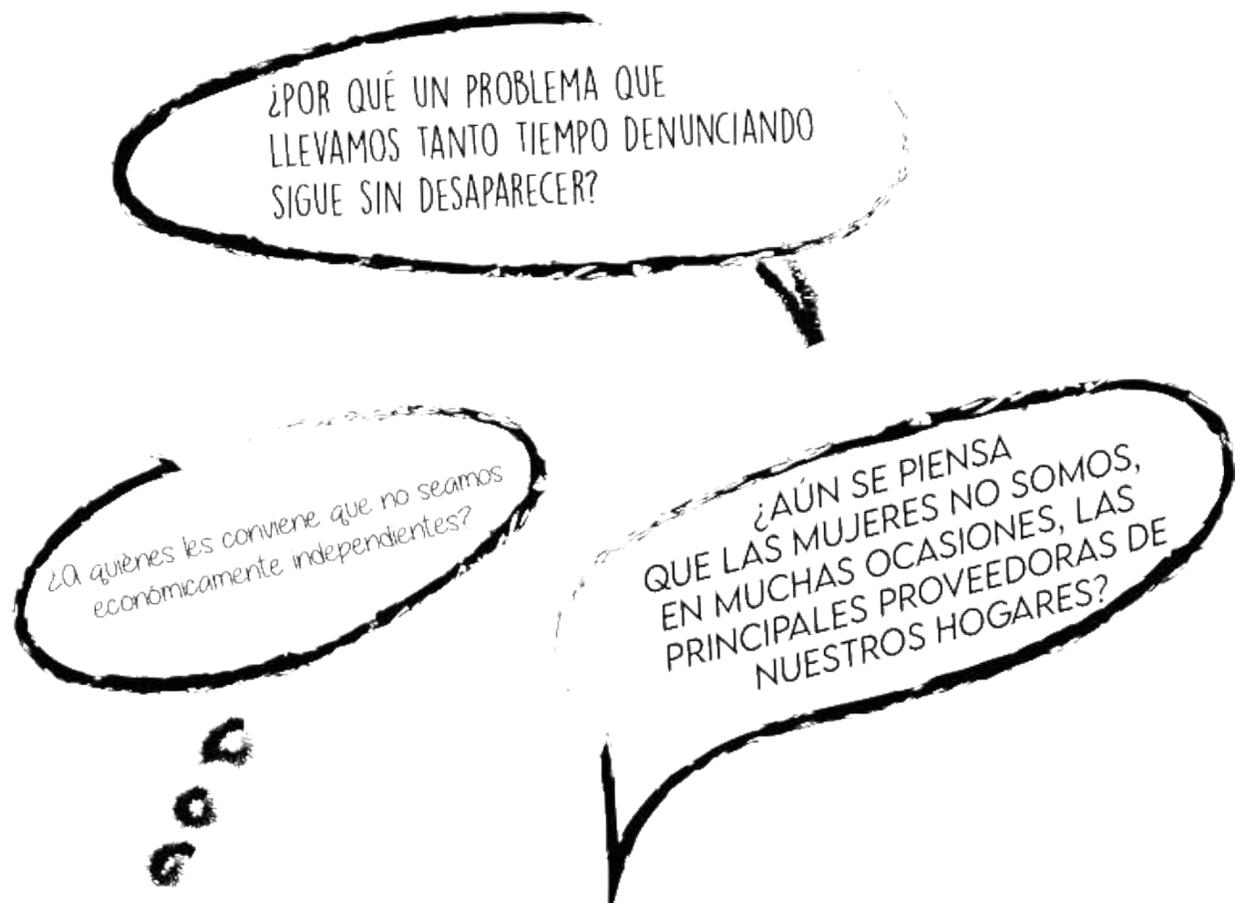


Este trabajo que se hacía desde casa y se consideraba como un “ingreso adicional” contribuía a mantener a las mujeres, como diría nuestra camarada Rosa, “confinadas a los estrechos límites de una existencia familiar miserable”, ya que por un lado no les daba el suficiente dinero para tener independencia económica y, por el otro, se consideraba que si estas morras no tenían ni que salir de sus casas para trabajar pues de paso también podían hacer la comida, la lavada de ropa, el cuidado de lxs niñxs, el marido y todo lo que hiciera falta. Cualquier parecido con nosotras hoy en día es pura coincidencia.

Ya nos decía la Clara desde 1889 que “Si el salario masculino se establece calculando la manutención de toda una familia; el de la mujer representa apenas los costos parciales de una sola persona”

y aunque estos parezcan cuentos del siglo antepasado, según una nota de Forbes México publicada el 8 de marzo de 2021, la “brecha salarial” en el sector del comercio en nuestro país continúa siendo de un 33%.

Y sí amigas, seguramente se estarán preguntando...



Y pus esto manas, nos lleva a la siguiente problemática...

Estoy harta de hacer el quehacer ¿Por qué nunca se acaba?

Ya

Lo sabemos,
apenas terminaste de
lavar todos los trastes
del desayuno y ya tienes
que empezar a cocinar para
la hora de la comida. O recién
lavaste tus calzones que
manchaste menstruando y ya
te va a venir otra vez
el periodo.



Parece que
apenas fue ayer
cuando lavaste el baño,
pero ya está otra vez
asqueroso. O juras que
acabas de levantar las
cacas del arenero de tu
michi pero ¡Ya hay más!
¡Ay no!...



No importa cómo administres el tiempo para hacer el trabajo doméstico, este nunca se acaba y por si fuera poco no es lo único que tienes que hacer, sino que aparte está tu chamba que te da para comer, pagar la renta y comprar las croquetas de tu michita, sin mencionar el trabajo de cuidados que haces para tus personas queridas (y no tan queridas).

Pues con calma que acá te contamos, Rosa Luxemburgo nos dice que esto todo tiene que ver con que se considera que nuestra chamba (la que sí nos pagan) nomás es complementaria, y que de las mujeres se espera que “con su trabajo doméstico ayuden a que los hombres puedan, con su miserable salario, mantener la existencia cotidiana de la familia y criar a los hijos (...) a pesar de que, en mil pequeños esfuerzos, [este trabajo] arroje como resultado una prestación gigantesca en autosacrificio y gasto de energía.” En otras palabras, como a nosotras no se nos considera las proveedoras y eso le toca a los onvrez, bien podemos ocuparnos barriendo, trabajando, cuidando y amando...Haciendo cuentas, más o menos, tienes unas tres chambas, aunque solo te pagan por hacer una, uffff qué coraje. ¿Poooooor?

“Debemos combatir la opinión tan difundida entre las jóvenes que creen que su actividad industrial es algo pasajero, y que cesará con el matrimonio. [Pues] para muchas mujeres, el resultado final es por el contrario un doble deber, ya que deben trabajar en la fábrica y en la familia.”



Para Zetkin esta doble carga, que ya vimos que hasta es triple, es el “resultado final” del ingreso de las mujeres al mercado de trabajo que trajo consigo la modernidad capitalista. ¿Y eso qué significa? Pues que al ingresar al mercado de trabajo nos dimos cuenta de que los patronos necesitan de nuestra chamba para producir todos sus tiliches; y no solo necesitan de nuestra chamba fuera de la casa, sino también de la que hacemos dentro de ella. Por eso, aunque este sistema “brutal y demente”, como dice la Rosa, no quiera reconocer la importancia del trabajo doméstico, nosotras ya hasta andamos exigiendo un salario justo por él, porque no pensamos volver a hacerlo gratis JAMÁS.

¡Amiga date cuenta!
Este sistema económico
se sostiene en toda la
chamba que haces
y no cobras.



Así es amiwas, el trabajo doméstico nunca se termina y nuestras camaradas marxistas nos dirían que no nos dejemos malviajar por él y mejor guardemos todas esas energías para hacer la revolución. Porque recuerden, este sistema nos quiere cansadas, tristes y haciendo chambas gratis.



El 31 de marzo de 1898 Eleanor Marx, Tussy, la más pequeña de las hijas de Karl Marx comete suicidio. Aquí nos volamos imaginando que más de un siglo después, le escribe una carta de despedida a su barbón padre desde el más allá...

Mi amado Moro,

Te sorprenderá saber de mí después de tantas décadas. Aunque sospecho que no han sido suficientes para que alcances a entender mi decisión de no buscarte en este otro mundo al que venimos quienes dejamos la vida terrenal. Estoy segura que hasta ese otro extremo en el que tú te encuentras habrán llegado las escandalosas noticias de mi suicidio. Seguro compartirás las condenas que en los periódicos hablaban de un suicidio inducido por las violencias que durante años viví de parte de Edward, a quien tú no llegaste a conocer. Las décadas desde que tomé esa decisión han sido de profunda reflexión y ahora lo puedo decir: ¡SÍ! ¡Ese Edward era basura! El daño que me provocó fue profundo y tuvo su peso en mi decisión de suicidarme; porque ¡SÍ! ¡Fue mi decisión! ¡¿Víctima yo?!, ¡¿Eleanor Marx, una víctima?!, ¡Ja! ¿A qué intereses conviene recordarme de ese modo?

¡Si desde recién nacida me tocó sobrevivir a un invierno crudísimo en una vivienda deteriorada!, ¡Si siendo una pequeña bebé de apenas 3 meses vi morir a mi hermano Musch, cuando todos creían que yo ni cuenta me daba! ¡Si desde niña leí libros maravillosos cuyo acceso permanecía como un sueño para la mayoría de la población! ¡Si crecí aprendiendo sobre la vida de la mano de mi padre, el mismísimo Karl Marx, quien además era mi alma gemela! ¡Si esos años tormentosos en los que Aveling era abusivo y frío a la vez fueron precisamente aquellos en que yo más cosas importantes hice para el movimiento obrero! ¡¡Víctima, ni madres!! ¡¡Sobreviviente y revolucionarial!! Eso fui, soy y seré, como diría Rosa la roja...

Aun así, no fui inmune a las telarañas del patriarcado. La gran basura de Aveling me puso en ese estado de insomnio permanente en el que nadie, créeme, quisiera seguir la vida. Pero cuando conocí a la gran basura, yo ya tenía mis 28 añitos. Ya había pasado sobre mi experiencia de vida un primer gran patriarca que me “ablandó” hasta dejarme lista para soportar tanto abuso del segundo: ¡Tú, papa! Es por eso que en todas estas décadas no te había escrito. Me tomó años recordar cada detalle de nuestra relación, analizarla, procesarla en mis sentipensares, también tuve que estudiar mucho para ayudarme a entenderlo, y por supuesto, para aprender, pasé horas y horas viendo a lo lejos cómo luchaban contra el patriarcado mujeres de todos los rincones del planeta Tierra. Y después de llegar a la conclusión de que un patriarca me condujo a otro, me ha tomado años perdonarte, y luego todavía más, encontrar las palabras para decirte esto, y hacerlo con ternura, a pesar de todo.

Ser la ayudante de investigación de Karl Marx no fue fácil, te lo aseguro. ¡Si hasta descifrar y traducir tu letra era una misión! El trabajo en sí, era bastante duro para una adolescente, y la presión emocional de no decepcionarte era enorme.

¡Cómo me hubiera gustado que me descargasas de esa presión haciéndome saber que tu amor por mí estaría ahí sin importar el tamaño de mi inteligencia y de mis servicios a tu favor! En lugar de eso, tú y mi mamá Jenny se opusieron todo lo que pudieron a que me independizara, y cuando por fin lo hice mudándome a Brighton, no descansaron sino hasta que vencieron mi voluntad y me “convencieron” de volver.

¡Ahí fue cuando tuve mi primera crisis! ¡Ahora lo veo tan claro! ¡Era mi cuerpo que renegaba iracundo porque no me daban mi autonomía! Pero ambxs sabemos qué fue lo más doloroso, lo más patriarcal y lo más cruel: ¡nunca me dejaste amar a Lissa en libertad! ¡Ese hermoso comunero a quien quise tanto! ¡Nos amábamos tanto! ¡Pero tú no ibas a permitir que un hombre 17 años mayor te quitara a tu pequeña! ¿Fue eso o nomás que temiste perder a tu mejor asistente intelectual y emocional?

Lo que haya sido, te impusiste, y nos obligaste a andar, quezque a escondidas, por 10 años.

El daño que me hiciste con eso fue más allá de impedirme disfrutar a Lissa; me preparaste para doblegarme y para ceder más de la cuenta, para anteponer los deseos de otro antes que los míos propios. Y ¡claro!, el remate fue convertirme en la cuidadora oficial de mamá y de ti.

Yo quedaba siempre para después. Es esa vieja cuestión que las feministas terrícolas han formulado: ¿Y quién cuida a las cuidadoras? De tanto cuidar a quienes amaba, se me olvidó cuidarme a mí. Estábamos convencidxs de que lo entendíamos todo; pero no era así. Cuando escribimos El Capital (porque ¡oh sí! ¡Yo estuve ahí, como lo estuvo toda nuestra familia, contribuyendo a que tu magna obra pudiera existir!)...en ese entonces no alcanzamos a ver que la gran revolución social también debe incluir una revolución de los afectos que ponga a los cuidados y auto-cuidados en el centro. Y cuidar incluye no explotar emocionalmente y no controlar, papá.

Observar a lo lejos a las feministas de las últimas décadas, a veces, lo confieso, me confundió: pero también me ayudó a perdonarte. Esas interpretaciones feministas de tu pensamiento me hicieron bien. Ver que tu persona y tus escritos eran criticados por ellas, aunque también recuperados y reinterpretados, me ayudó a verte menos como un ídolo a quien seguir y más como un humano a quien amar, pero también a quien cuestionar y confrontar en muchos momentos.

Así que aquí estoy: cuestionándote y amándote al mismo tiempo. Negándome por fin a rendirme frente a ti como el gran patriarca y viéndote en cambio, ni más ni menos, que como Karl Marx, con toda su humanidad, con todos sus errores, pero también como ese sembrador de rebeldía que fuiste, eres y somos.

¡Sé que sabrás encontrarme y vendrás a regocijarme con un último abrazo!

Siempre mía y tuya, Tussy.



FEMINISMO
ANTI-SISTÉMICO

FEMINISMO
INSTITUCIONAL



